

Archivos Analíticos de Políticas Educativas

Revista Académica evaluada por pares

Editor: Sherman Dorn

College of Education

University of South Florida

El Copyright es retenido por el autor (o primer coautor) quien otorga el derecho a la primera publicación a Archivos Analíticos de Políticas Educativas.

Los artículos que aparecen en AAPE son indexados en el Directory of Open Access Journals (<http://www.doaj.org>).

Editores Asociados para Español y Portugués

Gustavo Fischman

Arizona State University

Pablo Gentili

Laboratorio de Políticas Públicas

Universidade do Estado do Rio de Janeiro

Volumen 13 Número 31

Mayo 20, 2005

ISSN 1068-2341

La Universidad de las Mil y Una Noches

Dr. Luis Porter

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Citación: Porter, Luis. (2005, Mayo 20). La universidad de las mil y una noches *Archivos Analíticos de Políticas Educativas*, 13(31), Retrieved [date] from <http://epaa.asu.edu/epaa/v13n31>.

Resumen

Se trata de un artículo que surge de una pregunta hipotética, aunque indudablemente realista, formulada por un profesor universitario mientras transita rumbo a su institución: ¿Qué es mi universidad? ¿Qué me hace pasar de la decepción al entusiasmo, para volver después al sinsabor y remontar más tarde la alegría? Las respuestas dan lugar a un diálogo interior, durante el que se toma conciencia de que la educación trasciende las puertas y ventanas del aula, para llegar a aquellos lugares lejanos que Juvenal definía como “*ultra Auroram et Gangem*”, (“más allá de la Aurora y el Ganges”), y que nosotros, los latinoamericanos, podríamos llamar: “*ultra Tropicis et Amazonam*”. En suma, en su diálogo interior el académico toma conciencia de que su labor educativa abarca un territorio mayor al constreñido a la geografía específica de un sitio o de una institución. De esta manera nos ayuda a asumir que en el ámbito de la educación existen varios atributos

que debemos contribuir a crear o recrear: la esperanza, la oportunidad, la imaginación. También a entender que al dedicarnos a ejercer nuestra capacidad de re-lacionar, re-latar, re-ferir y re-flexionar, organizamos, discurrimos, transferimos, construyendo nuestra narrativa, es decir la capacidad de urdir en cada jornada un nuevo plan. Planear cada día, será entonces, como Sherezada, tejer un nuevo cuento, necesario para poder seguir actuando, puesto que la palabra es el único hilo que le da sentido a nuestra condición de educadores, a nuestro ser universitario.

Abstract

This article uses the title of the famous book *Arabian Nights* which in Spanish (*Las mil y una noches*) has a time connotation, similar to “for ever and a day” in English. In Spanish, “thousand” is a way to mean “infinite”; if you add one to infinite then you have numberless nights. The article departs from a hypothetical question an academic asks him/herself in his way to the educational institution where he-she works: What is my university? What makes me change from enthusiasm to deception, from pain to happiness? The answers give place to a personal dialogue, which brings the awareness that education overflows from the windows and doors of the classroom, to reach those distant places that Juvenal defined as “ultra Auroram et Gangem” (beyond the rising sun and the Ganges), and that Latin Americans could translate to “beyond the Trópico and the Amazonas.” In short, to reach the consciousness that our educational work comprehends a larger territory than the one constrained to the limited geography of a site or an institution. In this broad realm, there are diverse attributes we have to create or recreate: hope, opportunity, imagination, and therefore be able to exercise our capacity to relate, to refer, to reflect. In doing so, we organize, devise, transfer, building our narrative, our capability to plot in each journey a new plan. Every plan is a necessary new story, as those of Sherezade, needed to keep acting day by day, using the word as the only thread that gives meaning to our condition as educators, to our academic being.

La Universidad de las Mil y Una Noches

San Agustín se preguntó: “¿Qué es el tiempo? Si no me lo preguntan, lo sé. Si me lo preguntan, lo ignoro”.

Cada mañana cuando voy camino a la universidad, ante la mezcla de sentimientos encontrados que ese hecho me provoca, me pregunto: ¿Qué es mi universidad? ¿Qué me hace pasar de la decepción al entusiasmo, para volver después al sinsabor y remontar más tarde la alegría? En ese diálogo matinal conmigo mismo, veo como llega ese sentimiento incómodo de no tener las respuestas que me expliquen el sentido de mi quehacer cotidiano como docente

universitario. Leo libros dedicados al tema, y ellos me ofrecen una visión de la vida universitaria como si se tratara de una faena y no de lo que realmente es (o debería ser): una pasión y un placer.

¿Qué le ha quitado a la universidad su sentido de vida, su poesía? Si la poesía no es algo ajeno a la vida, y por lo contrario, la poesía (en su calidad de imaginación viva) nos acecha, siempre lista a brotar en cada instante de nuestra jornada, ¿somos nosotros los que la evitamos? ¿Por qué se nos escapa cuando caminamos por los pasillos de nuestra institución o estamos en el aula con nuestros estudiantes? Parafraseando a Emerson diré que el ámbito educativo es como una gruta mágica por la que deambulan en silencio fantasmas que vuelven a la vida cuando de sus páginas (o de sus bocas) surgen palabras. Estas palabras, al igual que las manzanas, no tienen sabor sino hasta que llegan al paladar que las degusta, es decir, los ojos que las leen o los oídos que las escuchan. Para ello tienen que saber bien, ya que requieren en el contacto con otro, ser bien recibidas.

La experiencia académica en sí misma no puede limitarse tan sólo a uno. La “reflexión en la acción” requiere al menos dos para que se unan en el lazo del diálogo que construye una historia mutua. Puedo ser yo dialogando con la hoja de papel en blanco, silencioso diálogo que después me unirá con ese “otro” que suma su voz en el tejido de historias compartidas que se configuran en el telar de la comunicación. Más allá de la hoja de papel que contiene los resultados de mi reflexión, en cada tema, cada proyecto, se construye una historia cuya suma configura la historia de la universidad, una historia múltiple, como lo son los tramos de vida de todo aquel que está pasando o ya pasó por ella.

¿Qué es mi universidad? Es una entidad que cuando permanece inmóvil es porque la detienen interferencias, atmósferas inadecuadas, condiciones que no promueven ni estimulan su articulación armónica y creativa. Una entidad que suple la imaginación por palabras muertas vertidas en legajos de documentos normativos, intrincados mapas burocráticos, requisitos e imposiciones que alteran su sustancia académica y política. Entonces, la cotidiana tarea de “hacer camino al andar”, se ve afectada desviando el ideal de “poder llegar a ser nosotros mismos”.

La universidad somos nosotros, y nosotros no somos muy diferentes de aquellos soldados, de aquellos conquistadores históricos, cuya vida transitaba entre encuentros, guerras y epopeyas, pasando de un territorio a otro, de una nacionalidad a otra, muriendo en cada batalla, para renacer una y otra vez en nuevas contiendas, en nuevas campañas. ¿Cuántos de los aquí presentes no ha trascendido los muros de su institución, volcándose hacia otros sitios de su misma región, o más allá, en lejanos confines “extramuros”, encontrando nuevas respuestas y reconocimientos en la multitud de interacciones que llenan los vacíos y desencuentros que se abren en su espacio inmediato?

Nuestra docencia no se limita al aula ni al cubículo que parece atraparnos. Me viene a la mente la historia de un profesor a quien dimos por desaparecido cuando abandonó la UNAM, alejándose definitivamente de sus aulas. Más tarde supimos que su vida fue una larga travesía por regiones lejanas que tocaron los límites patagónicos del Sur y rozaron las cumbres del Norte nevado del planeta. Su itinerario fue un intrincado camino a veces siguiendo una débil intuición, otras, senderos marcados por pasos casi invisibles, como quien va adivinando el derrotero de su propia libertad. En ese largo caminar, llegó a un recodo donde se encontró con un grupo de hombres y mujeres conversando en torno a un tema que el desconocía o ya había olvidado. Pidió permiso para quedarse con ellos, atraído por la claridad de ese seminario formado por gente que sin saber quién era, lo acogía de buena manera. En su calidad de

hombre reflexivo, participó en el nuevo debate dentro de un campo del todo ignorado por él, pero que se agregaba a sus propias búsquedas. Permaneció con ellos largo tiempo, olvidando su pasado, y construyendo sobre sus olvidos nuevos proyectos. Sus renovadas historias lo mantuvieron transitando por cátedras y reuniones, foros y discusiones, hasta que en una de esas ocasiones en que le entregaban como retribución un presente que consistía en una selección de libros clásicos, vio entre ellos uno que lo inquietó. Al abrirlo y reconocerlo comprendió que ya era un hombre viejo, pues entre esas obras consagradas venía una edición reciente del primer libro que había escrito en su temprana juventud. Fue en ese instante cuando pudo recobrar su pasado, sus olvidos, las diferentes etapas de su vida, y al hacerlo asumir que nunca había dejado de ser un académico mexicano, como tampoco dejaría de ser un académico canadiense, argentino, brasileño, puertorriqueño o colombiano, en el seno de aquel grupo o de los tantos grupos que en el ocaso de su vida lo seguían recibiendo y cobijando.

Al evocar esta historia, comienzan a tener respuestas las preguntas que nos hacemos sobre nuestra institución y nuestra actividad docente, el quehacer cotidiano que se va saliendo por las ventanas del aula, para llegar a aquellos lugares lejanos que Juvenal definía como “*ultra Auroram et Gangem*”, (“más allá de la Aurora y el Ganges”), y que nosotros le llamaríamos: “*ultra Tropicus et Amazonam*”, “más allá del Trópico y del Amazonas”: refiriéndonos a ese territorio que une lo diverso por medio del lenguaje, la imaginación y relatos que no tienen fin.

Intentemos desde estos atributos, construir con nuestra imaginación un sistema explicativo – un simulacro – de los fenómenos que podrían conformar la imagen de un ámbito educativo que no se redujera a nuestra institución y que en su verdadera dimensión, neutralizara las actuales jerarquías y los ámbitos políticos/académicos intra-murales, cada vez más agresivos e intrusos de nuestra intimidad, cada vez más fragmentados y distantes del verdadero mundo educativo, tan ancho como sensible. Tal construcción la podemos proponer, no como un ejercicio fantástico de ciencia-ficción, sino como un ejercicio de “reflexión en la acción” nacido de la imaginación artística, capaz de concebir un sistema real y superador, contingente y distinto a otros y, desde luego, más completo, complejo e integrado desde nuestro actual horizonte de conocimientos.

Cada uno de nosotros estamos dotados de una estructura somática que hace posible, complejos procesos de relación con lo real. Actualmente es posible combinan en tiempo real, la comunicación cara a cara con la comunicación verbal, escrita, (que puede incluir imagen y sonido) sin importar su localización. Hoy somos dueños de la posibilidad de ampliar nuestro campo de experiencia en forma “distanciadora”. En otras palabras, la experiencia humana se constituye en la biosfera, que determina las condiciones materiales de la existencia, pero también en el micro clima que surge de dichas condiciones y las reconstruye. Es aquí donde la imaginación, por medio del lenguaje, desempeña su papel fundador. La inteligibilidad es entonces, esencialmente, el resultado de un proceso de codificación, de producción de discursos o de relatos.

El arte, o una “racionalidad artística” o “de diseño”, como la llamaba Donald Schön (1983, 1987), abre el camino para traer a nuestra percepción los diversos planos que surgen de la “realidad” y que nos permiten concebir un ámbito educativo exento de todo lo que odiamos y rechazamos: las imposiciones, las amenazas, las rupturas, la incomunicación... y que incluye sus aspectos inteligibles, sometidos a la razón (y por tanto previsibles, manipulables, comunicables) y los otros, los ininteligibles, que llegan a la sensibilidad, (y que son por tanto imprevisibles y azarosos). En esta conversación ejemplar se cumple la triada “reflexionar-actuar-reflexionar” a la que se refería Schön (1994): el triple movimiento de reflexionar

(introspectivamente) para luego actuar y seguidamente volver a reflexionar, esta vez extrovertidamente, en nuestra comunicación con el otro, para volver a pasar por estos tres vértices. Pensemos en un poeta frente a la página en blanco, en un escultor trabajando con arcilla, en un arquitecto bosquejando los trazos de un posible edificio o un inventor especulando sobre un mecanismo. Cada uno de ellos conversa con el material desde su inteligibilidad: (creencias, teorías, valores, contenidos, intenciones) utilizando la mano que mueve modelando ese material, que a su vez habla, respondiendo desde sus características, condiciones, limitaciones, posibilidades, resistiéndose y expresándose en su lenguaje. Se trata de la conversación usual que el artista lleva a cabo consigo mismo y con los materiales con que se expresa. Se trata de un diálogo similar al que tenemos con nuestros estudiantes, con nuestros colegas, y que en su devenir construye un plan, que es decir una historia o un relato.

Cotidianamente caminamos por el mundo, tocando estas dimensiones, y esa aproximación puede ser superficial, convencional, o puede ser profunda, intensa y creativa. Nuestra cultura nos empuja a acceder a lo real, a participar del continuo indiferenciado que, desde visiones parciales, constituye el conjunto de hechos, dichos, pensamientos y sentimientos. Sin embargo, si me sentara con cualquiera de ustedes a platicar en un café, constataría que no estamos a gusto con nuestra realidad, que aspiramos a trascenderla desde la visión que históricamente nos corresponde. A este empeño, a esta necesidad de trascendencia, algunos le llaman la búsqueda de la “verdad”, como ideal científico, otros simplemente la ven como voluntad de corregir el presente.

Esto es lo que me mueve cuando intento imaginar una educación que resulta de mi propia ubicación en ella y de ella como objeto contemplado. Una educación donde no baste “decir” la verdad, sino desbaratar el entramado de poder que permite que un discurso determinado sobre esta realidad (digamos el de la planeación o el de la evaluación) logre una atribución de veracidad que nos condene.

Quiero imaginar con ustedes una educación, ubicada en instituciones como la universidad, que parta del universo de los sentidos, que al igual que el conocimiento que allí se genere y se imparta, sea de índole sensorial y perceptiva, una re-presentación cultural, que rompa las actuales codificaciones que filtran y desorganizan nuestras percepciones. Una educación ubicada en una universidad producto de la imaginación. Una universidad que es la sumatoria de relatos, de nuestros relatos, de los relatos que habitan y dan forma y vida a la universidad.

Resultaría muy aburrido concebir a la universidad utilizando tan sólo la razón, y peor aún si esa razón debe pronunciarse con las absurdas codificaciones de un “tabulador” o de “formatos a llenar” siguiendo las premisas de lejanas oficinas centrales o los juicios emanados desde una unidad técnica o de la simple enajenación comisional. Resulta en cambio muy esperanzador y altamente estimulante, reconocer la verdadera universidad que vive en nosotros y en la que nosotros vivimos, la misma que tiene como límites el desierto sur y el nevado norte. Una universidad que nos permite elaborar una teoría y una práctica nacida desde el juego especular de la escritura y de la lectura, en el que van reflejándose retazos o fragmentos de la única realidad a la que pertenecemos, la realidad que vive en nuestra imaginación, apenas legitimada por gente de carne y hueso, que en alguna otra región, ciudad o país, comparte con nosotros la construcción de un relato.

De esta manera, siguiendo el ejemplo de Borges, desciframos a la universidad de la misma manera que desciframos el orden y la configuración de las manchas en la piel de un tigre. Dice Borges: "Consideré que aun en los lenguajes humanos no hay proposición que no

implique el universo entero; decir el tigre es decir los tigres que lo engendraron, los ciervos y las tortugas que devoró, el pasto de que se alimentaron los ciervos, la tierra que fue madre del pasto, el cielo que dio a luz a la tierra” (J.L. Borges, 1989). Decir universidad es decir las universidades que la engendraron, los profesores y alumnos que pasaron por ella, los libros en que se alimentaron, el conocimiento que fue madre de sus libros, el cielo que dio a luz la sabiduría. Es evocar a todos aquellos que forman parte de nuestro pensamiento, colegas activos, autores que esperan en la biblioteca, hallazgos al navegar por los buscadores de Internet, capítulos que agregamos a los múltiples cuentos que escribimos día a día. Lo específico del hombre, es pues, su capacidad de valorar y de comunicar estas visiones parciales del mundo organizado en “la palabra a los otros”. Y esta capacidad le viene a través del lenguaje, pues toda lengua no es más que un sistema de valores (Saussure 1983¹). Y es en el lenguaje donde nuestra potencialidad discursiva abre lugar para que emerja el yo y lo otro, al ejercer nuestra capacidad de re-lacionar, de re-latar, de re-ferir. El académico que reflexiona, al actuar ordena, organiza, discurre, transfiere: traslada unas cosas hacia otras construyendo su narrativa.

Asumamos que la relación que en este instante estamos teniendo, una conversación programada que se suma a la que tenemos día a día con colegas y estudiantes, ocurre en y desde la palabra. El organigrama institucional no se limitaría al marco normativo y su creciente variedad de derivados, en cambio formaríamos parte de una red de redes, que toma la forma que nosotros queramos, a partir de un orden nacido de la auto-gestión educativa, donde el estudiante ejerce la autodidaxia siguiendo sus ritmos, el diálogo con colegas y “autoridades morales” cuyas palabras cobran vida al abrir un libro, o simplemente al intercambiar ideas con su maestro.

Podemos imaginarnos insertados en una complejísima red de relaciones en la que cada elemento llama a los restantes, hasta convocar esa esencial unidad de lo real, la misma a la que invita Edgar Morin (1999, 2001) desde su teoría de la complejidad. La universidad real formaría de esta manera parte de un continuum, de un todo, de algo sin límites ni fronteras, de algo más allá de significados y sentidos, de algo que escapa a nuestra misma inteligibilidad. Lo real no es inteligible, y cuando lo es, desaparece transformado en realidad, que se encuentra ya en este más-acá de la conciencia, y que constituye el tejido de lo cultural humano (Vázquez Medel, 1996).

En este panorama, la docencia y los estudiantes, conforman el vértice necesario para cumplir con la triada: “reflexionar-actuar-reflexionar” cuyo movimiento ayuda a conformar nuestros relatos universitarios. La universidad así concebida es la concatenación discursiva, que no real, parecida a un relato sólo posible re-firiendo, re-lacionando, llevando unos signos hacia otros, estableciendo prioridades: un antes, un ahora y un después; un aquí, un ahí y un allí; un yo, un tú y un él (yo y el otro, mi colega académico, interactuando con él, el estudiante), repitiendo una y otra vez estos juegos triádicos.

Una universidad construida en relatos desde mentes que se experimentan como tales en la esencial relatividad y narratividad de la conciencia y del lenguaje. Vamos hilando entonces diferentes conceptos, para construir la universidad en el lenguaje: imaginación, conciencia, discurso que articula relatos o narraciones. La narratividad que es el discurrir mismo, de la conciencia, de los seres humanos. Nuestra conciencia relaciona, establece nexos: configura discursos. Esta esencial capacidad de comprender es abrazar, agrupar, asir, prender

¹ Lingüista suizo nacido y fallecido en Ginebra (1857-1913)

conjuntamente lo que ha sido previamente separado, disociado. Nuestra propia existencia como discurrir, y los hechos que la configuran como discursos, es la clave misma de la narratividad. Una narratividad ontológica, existencial, que se encuentra en la raíz misma de la capacidad productiva de relatos (Vázquez Medel, 1996).

No hay duda, entonces que hoy aquí, entre nosotros, existen muchos fabulistas, que ejercen lo que el orientalista austriaco Hammer Purgstall² llamó “confabuladores nocturni” es decir, personas que cuentan cuentos durante la noche para distraer el insomnio de los que no pueden conciliar el sueño. En nuestro caso estos con-fabuladores serían autores de fábulas, cuyos personajes mágicos no son otros que los mismos con quien convivimos cotidianamente, algunos situados en la misma institución, otros invitados provenientes de escenarios cercanos o distantes, que al interactuar provocan modificaciones, enriquecimientos sorprendidos, interdisciplinidades buscadas en recorridos virtuales o reales, hacia o desde alguna ciudad austral o boreal, cercana o lejana, donde los capítulos se compilan, para que de esa compilación surjan nuevos puntos de partida y puertos de llegada conformando así lo que la literatura árabe llama: “Hazar afsana”: *Los mil cuentos*.

Y es así como esta universidad que habita en mi mente y en mi escritorio, que aparece cotidianamente por el monitor de mi computadora o en el buzón todavía situado en la puerta de la calle, con sus sobres y timbres arcaicos, adquiere contenido en cada una de mis jornadas, en cada noche en la que tengo que inventar un nuevo cuento. Por eso he decidido llamar a esta forma de educar, a esta universidad simbólica que me reconforta en su vastedad, la “Universidad de las Mil y una Noches”, porque cada uno de sus habitantes legítimos, cada uno de ustedes que me escuchan, al igual que yo que estoy leyendo, en nuestro intento por salvar a la universidad, es decir, por salvarnos a nosotros mismos, contamos historias de la misma forma que la gentil Scherezada contó las suyas en tiempos remotos, en la remota Persia, bajo la angustia de la muerte, bajo la espada de un sultán tiránico y misógino, y que, cómo pájaros maravillosos, animados por su verbo incomparable, se difundieron más tarde en su vuelo por todas las regiones de la tierra. Cada uno de nosotros estamos obligados a no dejar de narrar, a no dejar de urdir cada noche un nuevo cuento, que no es otra cosa que un nuevo plan, un nuevo proyecto, necesario para poder seguir viviendo, puesto que la palabra es el único hilo que conecta nuestra existencia relativa, el mismo que le da sentido a nuestra condición de educadores, a nuestro ser universitario.

² Escritor austriaco (Graz 1774-Vienna 1856). Estudioso del mundo islámico y autor de la historia de la literatura árabe y otomana, poemas y dramas. Citado por Borges en “Siete Noches”.

REFERENCIAS

- Borges, J.L. (1989). *Obras Completas*, 3 vols., Barcelona, Emecé.
- Borges, J.L. (1980). *Siete Noches*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Borges, J.L. (2000). *This Craft of Verse*. Harvard University Press, Cambridge, Ma. USA.
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*, CIUEM. UNESCO.
- Morin, E. (2001). *Amor, poesía y sabiduría*. Barcelona, Seix Barral, pp. 77.
- Saussure, F. (1983): *Curso de lingüística general*, Alianza Editorial, Madrid. Lingüística sincrónica: Cap 4: " El valor lingüístico" , página 193.
- Schön, D. (1983). *The Reflective Practitioner, How Professionals Think in Action* Basic Books, Nueva York, Inc. Publishers.
- Schön, D. (1987). *Educating the Reflective Practitioner*. The Jossey-Bass Higher Education Series.
- Schön, D. y Martin Rein, 1994. *Frame Reflection*. Basic Books. Nueva York, Inc. Publishers.
- Vázquez Medel, Manuel Angel, (1996) Universidad de Sevilla "Narratividad y transdiscursividad: a propósito de la escritura del dios, de J.L. Borges" (Internet)
- Smith, M. K. (2005). donald schon (schön): learning, reflection and change. Retrieved May 19, 2005 from <http://www.infed.org/thinkers/et-schon.htm>.

Acerca del Autor

Dr. Luis Porter. Doctor en Educación (HARVARD-1988), Arquitecto (UNAM-1967), Planificador Urbano (UNAM 1973) / Investigación Educativa, Instituto Tecnológico de Massachusetts, (MIT SPURS-DUSP 1981). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, (SNI) Nivel 1. desde enero 1, 2004 hasta diciembre de 2006, expediente 31825. Profesor investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco desde 1975 a la fecha. Correo electrónico: luisporter@prodigy.net.mx
<http://academia.uat.edu.mx/porter/>

AAPE Comité Editorial
Editores Asociados

Gustavo E. Fischman & Pablo Gentili

Arizona State University & Universidade do Estado do Rio de Janeiro

Hugo Aboites

Universidad Autónoma
Metropolitana-Xochimilco

Dalila Andrade de Oliveira

Universidade Federal de Minas
Gerais, Belo Horizonte, Brasil

Alejandro Canales

Universidad Nacional
Autónoma de México

Erwin Epstein

Loyola University, Chicago,
Illinois

Rollin Kent

Universidad Autónoma de
Puebla. Puebla, México

Daniel C. Levy

University at Albany, SUNY,
Albany, New York

María Loreto Egaña

Programa Interdisciplinario de
Investigación en Educación,
Chile

Grover Pango

Foro Latinoamericano de
Políticas Educativas, Perú

Angel Ignacio Pérez Gómez

Universidad de Málaga

Diana Rhoten

Social Science Research
Council, New York, New York

Susan Street

Centro de Investigaciones y
Estudios Superiores en
Antropología Social Occidente,
Guadalajara, México

Antonio Teodoro

Universidade Lusófona Lisboa,

Lilian do Valle

Universidade Estadual do Rio
de Janeiro, Brasil

Adrián Acosta

Universidad de Guadalajara
México

Alejandra Birgin

Ministerio de Educación,
Argentina

Ursula Casanova

Arizona State University,
Tempe, Arizona

Mariano Fernández Enguita

Universidad de Salamanca.
España

Walter Kohan

Universidade Estadual do Rio
de Janeiro, Brasil

Nilma Limo Gomes

Universidade Federal de Minas
Gerais, Belo Horizonte

Mariano Narodowski

Universidad Torcuato Di Tella,
Argentina

Vanilda Paiva Universidade

Estadual do Rio de Janeiro,
Brasil

Mónica Pini

Universidad Nacional de San
Martín, Argentina

José Gimeno Sacristán

Universidad de Valencia,
España

Nelly P. Stromquist

University of Southern
California, Los Angeles,
California

Carlos A. Torres

University of California, Los
Angeles

Claudio Almonacid Avila

Universidad Metropolitana de
Ciencias de la Educación, Chile

Teresa Bracho

Centro de Investigación y
Docencia Económica-CIDE

Sigfredo Chiroque

Instituto de Pedagogía Popular,
Perú

Gaudêncio Frigotto

Universidade Estadual do Rio
de Janeiro, Brasil

Roberto Leher

Universidade Estadual do Rio
de Janeiro, Brasil

Pia Lindquist Wong

California State University,
Sacramento, California

Iolanda de Oliveira

Universidade Federal
Fluminense, Brasil

Miguel Pereira

Catedrático Universidad de
Granada, España

Romualdo Portella do

Oliveira Universidade de São
Paulo, Brasil

Daniel Schugurensky

Ontario Institute for Studies in
Education, Canada

Daniel Suarez

Laboratorio de Políticas
Publicas-Universidad de
Buenos Aires, Argentina

Jurjo Torres Santomé

Universidad de la Coruña,
España

EPAA Editorial Board

Editor: Sherman Dorn University of South Florida
Production Assistant: Chris Murrell, Arizona State University

Michael W. Apple
University of Wisconsin

Greg Camilli
Rutgers University

Mark E. Fetler
California Commission on Teacher
Credentialing

Richard Garlikov
Birmingham, Alabama

Thomas F. Green
Syracuse University

Craig B. Howley
Appalachia Educational Laboratory

Patricia Fey Jarvis
Seattle, Washington

Benjamin Levin
University of Manitoba

Les McLean
University of Toronto

Michele Moses
Arizona State University

Anthony G. Rud Jr.
Purdue University

Michael Scriven
University of Auckland

Robert E. Stake
University of Illinois—UC

Terrence G. Wiley
Arizona State University

David C. Berliner
Arizona State University

Linda Darling-Hammond
Stanford University

Gustavo E. Fischman
Arizona State University

Gene V Glass
Arizona State University

Aimee Howley
Ohio University

William Hunter
University of Ontario Institute of
Technology

Daniel Kallós
Umeå University

Thomas Mauhs-Pugh
Green Mountain College

Heinrich Mintrop
University of California, Los Angeles

Gary Orfield
Harvard University

Jay Paredes Scribner
University of Missouri

Lorrie A. Shepard
University of Colorado, Boulder

Kevin Welner
University of Colorado, Boulder

John Willinsky
University of British Columbia